

CENTRO

AÑO II

ABRIL 1952

NUM. 2

LAS NOVELAS DE HERMANN HESSE

(SEGUNDA PARTE)

I

(RESUMEN DE LO ANTERIOR)

La abigarrada producción de Hesse confluye en una unidad, si se la considera desde perspectivas adecuadas. Es necesario tener presente, en primer lugar, su afán por influir ejemplarmente en la sociedad actual mediante la novela. En segundo lugar, importa no dejarse desviar de su temática íntima por el aparente interés en la exposición de vivencias psicológicas. Sus novelas, tras la personalidad contingente e individual de los personajes, apuntan a una dialéctica inmanente al espíritu mismo, que se presenta con las mismas etapas en cada uno de los destinos personales.

Para hacernos poner la vista en esta meta, recurre a un proceso siempre creciente de simbolización, con la cual va aislando a sus personajes de toda referencia a circunstancias históricas o geográficas. Este proceso culmina en la ruptura de las conexiones del mundo real mediante invasiones de un mundo imaginario, ruptura que se produce sin ninguna advertencia previa, y que le permite hacer actuar con el máximo de libertad las potencias supraempíricas que son los verdaderos agentes de sus sucesos.

Las etapas de este camino que recorre el espíritu para llegar a su pleno desarrollo, dentro de una existencia individual, son las siguientes:

1º *El despertar a sí mismo.* Se produce al revelarse al hombre que ha estado viviendo una vida que no es la suya, en la cual no participa, y que se ofrece prefabricada por el medio en que ha estado situado. 2º *La Soledad.* Ante todo soledad externa, que implica ruptura de todos los vínculos sociales y existencia aislada, pero sobre todo soledad interior, que se alcanza con el examen y labranza de la propia alma en la meditación y la ascesis. 3º *El Yin y el Yang.* La soledad

ha preparado para afrontar la voz del destino escuchada en el despertar. El buscador del destino encuentra ante sí un mundo escindido en dos zonas inconciliables pero no cerradas: el mundo materno o del instinto y el mundo paterno o el de la razón. Es posible el tránsito de uno de los mundos al otro, pero las formas de vida de cada uno de ellos son intranferibles. El situarse o dejar cada uno de ellos es un efecto del despliegue autónomo del espíritu dentro del destino personal. Si se logra descubrir las leyes de acuerdo a las cuales se efectúa, se habrá dado con el nódulo de la producción de Hesse. La oposición empírica entre instinto y razón es presentada metafísicamente como oposición entre historia e idea, o lo que es lo mismo, Espíritu en devenir y Espíritu eterno, en "El juego de Abalorios". La anterior se había presentado en su forma más escueta y simbólica en Narciso y Goldmundo, si bien preexistía en todas las obras restantes bajo formulaciones diversas.

II

La autoubicación en cualquiera de las dos zonas opuestas (instinto o razón; espíritu en devenir o espíritu ideal), está condicionada por el "despertar a sí mismo" y el "destino" que en él se vislumbra¹. Hay un modo auténtico de colocarse en cualquiera de ellas y una evasiva a esta colocación. Ambas están condicionadas por la epifanía del propio destino.

¹ "Despertar" y "destino" son dos momentos de un mismo suceso interior. El despertar consiste en la revelación de que se ha estado viviendo una vida contraria o ajena al destino, pero éste nunca se muestra en este momento conformado como una meta concreta. Aparece como una orientación tendencial hacia un polo oculto en la lejanía. Este polo se muestra revestido imaginativamente y no incluye acciones a realizar u objetivos concretos a perseguir.

Esta primera vislumbre se va aclarando a medida que se la sigue, pero nunca llega a una formulación acabada. Precisamente todos los destinos se alcanzan en el silencio de la muerte, y sus seguidores se hunden en él dándonos la espalda y tapándonos la luz en que acaban de sumergirse. Demián muere como víctima propiciatoria, cumplida ya su misión con Sinclair y después de haberle comunicado su evangelio. Goldmundo se acoge al seno de la Madre, cuya imagen por primera vez se le presenta en toda su perfección, pero sin haberla expresado. Siddharta se funde en el Atman y Knecht se ahoga una vez dado el último paso exigido.

Cierto es que el seguimiento del destino exige acciones u omisiones bien concretas (dejar el libertinaje, renunciar a la vida opulenta, huir de María Bronn, dejar Castalia), pero el buscador del destino tiene simultánea conciencia de que cada paso no es la culminación del destino y de que éste le sigue aún oculto. ¡Con cuánta frecuencia quisiera instalarse en cualquiera de las mesetas alcanzadas y que su destino se hubiera ya realizado!

No menos frecuente es que pierda por un momento el sentido de medio que tienen estas etapas y que su modo actual de vida se le presente

En Hesse el destino es una mezcla inestable de "Moira" y de ideal. Es Moira en cuanto el germen activo que encierra virtualmente todas las posibilidades de autorrealización lo recibimos de la Naturaleza, Dios, el Espíritu, según quieramos llamar al Principio único, substancia divina de todas las cosas, y este germen se puede desarrollar o sofocar, pero no suprimir o substituir. Todos los tóxicos asimilados en un medio hostil no son poderosos para aniquilarlo, y la mejor de las voluntades no basta para generarlo. Vasudeva y el río se ríen de las ansias de Siddharta por los siniestros que aparecen en su hijo y de su solicitud por enderezarlo: "Crees tú, pues, oh amigo mío, ¿que le es posible a ningún hombre eludir semejante camino? ¿A tu hijo acaso? ¿Porque lo amas y deseas evitarle dolores y desilusiones?" Aunque diez veces murieras por él, ni un milímetro lograrías desviarlo de su destino. (Sidd., pág. 138).

Es importante no pensar que este germen está integrado, simplemente, por los factores psicobiológicos o de herencia que considera la biología o la patología. Para Hesse comprende, además y fundamentalmente, la capacidad ética, y siempre en relación con sus concepciones metafísicas. "Mi problema era aún si podría llegar a ser, con el tiempo, un buen hijo y un ciudadano útil, o si por el contrario mi naturaleza me empujaba por otros caminos". (Dem., pág. 69).

Esta concepción del destino tiene un doble sustrato metafísico: la teoría oriental de la unidad eterna y la diversidad sensible como apariencia, junto con la reencarnación y el Nirvana y un panteísmo naturalista y sensualista, herencia directa del primer romanticismo alemán ("Himno a la Naturaleza" de Goethe). Las proporciones en que se combinan las dos concepciones son variables, como se ha dicho. Según la obra, una se presenta como dominante y la otra como recesiva. Así, en

desprovisto del sentido que le otorga el ser escalón para el destino, pero siempre renace la fe y la certeza de llegar. Fatalista o no, nunca es Hesse un pesimista. Tanto en el destino individual como en el universal ve sólo momentos dolorosos que garantizan la realización y la plenitud. "Lo único fijo en mí era mi voz interior y la imagen de mi sueño. Sentía el deber de seguir ciegamente aquella guía. Pero me era harto difícil y todos los días me rebelaba contra él... Sólo una cosa me era imposible: *arrancar el oscuro fin oculto en mi interior y proyectarlo fuera de mí, en cualquier lado, como lo hacían otros que tenían la seguridad de querer llegar a ser profesores, jueces, médicos o artistas, y sabían cuánto tardarían en serlo y qué ventajas les reportarían.* Para mí era imposible. Quizá llegase un día a ser algo semejante, pero ¿cómo podía saberlo ahora? Quizá tuviese que buscar y rebusar el camino años y años, y no llegase a ser nada, ni alcanzase ningún fin. Y quizá alcanzase un fin, pero un fin perverso, peligroso y temible." (Dem., pág. 35).

Demián y en Narciso y Goldmundo, predomina el panteísmo naturalista, mientras que en Siddharta y el Stepenwolff el brahmanismo².

La Naturaleza, Madre divina e infinitamente fecunda, se renueva constantemente en un infinita diversidad de formas, desde las más elementales a las más complejas, y desde las más inertes a las más activas. Cada uno de los hombres representa un estadio más o menos elevado en esta escala que comienza en la materia y culmina en el espíritu. “Ni tú ni yo sabemos con qué fin vacías ahora tus vasos. *Pero aquello que constituye en ti el nódulo y la esencia de tu vida, lo sabe ya perfectamente.* Y siempre es bueno tener conciencia de que dentro de nosotros hay algo que todo lo sabe, lo quiere y lo hace todo mejor que nosotros mismos”. (Dem., pág. 86). “Esta nueva imagen se alzó ya claramente ante mí, terrible y sagrada, mil veces vislumbrada, quizá expresada alguna vez, pero ahora sólo vivida. *Yo era un impulso de la Naturaleza, un impulso hacia lo incierto, quizá hacia lo nuevo, quizá hacia la nada, y mi oficio era tan sólo dejar actuar este impulso, nacido de las profundidades primordiales, sentir en mí su voluntad y hacerlo mío por entero.*” (Dem., pág. 127).

Y en cierto modo, el destino puede ser ideal. Podemos ser fieles o no a lo que la Madre espera de nosotros. frustrarlo o llevarlo a su realización plena. Tanto el entreverlo en su primer momento, como el seguirlo, es arduo y no al alcance de cualquiera. Supone esencialmente una perfecta disponibilidad constante, la renuncia potencial no sólo a lo que obstaculiza, sino, como se ha dicho, a las formas parciales de vida en que se va manifestando. “Está bien, le objeté, pero entonces, ¿dónde queda el valor del individuo? ¿Por qué aspiramos hacia algo, si todo lo llevamos acabado en nosotros? ¡Alto! —exclamó Pistorius—. Hay mucha diferencia entre que llevemos simplemente en nosotros el mundo o que además lo sepamos. Un loco puede exponer ideas que recuerden a Platón, y un colegial piadoso crea, en su imaginación, profundas conexiones mitológicas que aparecen en la doctrina de los gnósticos o Zoroastro.

² No es el menor de los encantos de la obra seguir de cerca las proporciones de la mezcla y las torsiones y aleaciones a las que va sometiendo Hesse a ambas doctrinas, usando de gran libertad artística y en la medida que se lo hace necesario su poderosa necesidad de información imaginativa y de sugestión lírica. Es especialmente claro en “El Lobo Estepario”. Sin entrar en detalles; nada más opuesto que la fusión en el Atman por disolución de sentidos y pensamientos a la destrucción del yo y fusión con la Madre por absorción de imágenes y embriaguez de los sentidos.

Pero no lo sabe. Y mientras no lo sabe es un árbol, o una piedra, y en el mejor de los casos un animalito. No creo, vea usted, hombres — todos los que van por esas calles, simplemente porque andan erectos y llevan en sí nueve meses a sus crías. Sabe usted muy bien que muchos de ellos no son sino peces u ovejas, gusanos o sanguijuelas, hormigas o avispas. Todos ellos entrañan posibilidades de llegar a ser hombres, pero sólo cuando las vistumbren y aprenden a llevarlas en parte a sus conciencias, es cuando se puede decir que disponen de ellas". Dem., pág. 105).

De esta concepción del destino como irrenunciable y a la vez como imposición de la divinidad, se sigue una concepción paralela de la ética. Tanto la vida del instinto como la vida de la razón y las acciones regidas por el uno y la otra, son en sí absolutamente indiferentes moralmente, y aun buenas en sí, como pulsaciones de la divinidad que se expande. Bueno y Malo no son términos universales y absolutos, sino simplemente relativos al agente y el tipo genérico y personal de destino que se esfuerza por cumplir o que descuida. Bueno es lo que lleva hacia el destino, malo es lo que de él aparta. Una misma acción ejecutada por hombres distintos, o por uno mismo en dos momentos diferentes de su vida, puede ser buena en un caso y mala en el otro. Narciso, el pensador, el servidor del espíritu, el temeroso de Dios, disipa así los recelos de Goldmundo: "Probablemente he aniquilado en ti un futuro monje y, a cambio, te he abierto un camino hacia un destino más común. Aunque el día de mañana incendiarás nuestro convento o predicarás por el mundo una insensata herejía, ni un instante me arrepentiría de haberte ayudado en tu camino". (N. y G., pág. 91). Es evidente, ya aquí, la influencia de la concepción ética de Nietzsche y se hará más clara aún en lo que sigue.

Las normas universales, a las que sujetan sus vidas la mayoría de los hombres, son universales sólo en apariencia. No surgen del dictamen de una razón ni representan el modo de ser del mundo ético. Su boga y vigencia tiene su raíz en la tremenda dificultad que requiere el apurar un destino individual. La fuerza y claridad de visión que esto requiere es patrimonio de muy pocos. Los ciegos o los débiles prefieren evadirlo y se congregan en una gigantesca complicidad para fabricarse pseudo-normas y pseudo-leyes que les permiten eludir la vocación personal sin ser arrollados por los fieles al destino, los despiertos, los fuertes, los Cainitas, que enjuiciados por estas normas pasan a ser réprobos y malditos. Surgen así los contubernios en medio de los cuales vagan Sinclair, Demián, El Lobo. Los im-

pulsa hacia adelante su propio destino y la misión mesiánica de ser la sal de la tierra y las piedras con que se construirán las murallas de la Jerusalén celeste, algún día, cuando la luz sea fuerte sobre las tinieblas. "La comunidad... es algo muy bello. Pero lo que ahora vemos florecer por todas partes no es la comunidad verdadera. Esta surgirá, nueva, del conocimiento mutuo de los individuos, y transformará por algún tiempo el Mundo. Lo que hoy existe no es comunidad, es simplemente rebaño. Los hombres se unen porque tienen miedo unos de otros, y cada uno se refugia entre los suyos... Tienen miedo porque no se han atrevido jamás a seguir sus propios impulsos interiores. Una comunidad formada por individuos temerosos todos de lo desconocido que en sí mismos llevan". (Dem., pág. 135). "Se te ha empezado a revelar en parte la verdad..., cada uno de nosotros ha de encontrar por sí mismo lo «permitido» y lo «prohibido» con respecto a su propia persona, lo que le está prohibido. Se puede no hacer nunca nada prohibido y ser, sin embargo, un perfecto bribón. Y al contrario. En última término no es más que una cuestión de comodidad. Aquél que es demasiado cómodo para pensar en sí mismo y ser su propio juez, se somete a las prohibiciones de momento existentes. Le resulta más sencillo. Pero otros sienten en sí mismos su propia ley, les están prohibidas cosas que todo hombre de honor hace a diario y permitidas otras sobre las que recae la general interdicción. Cada uno tiene que responder por sí mismo". (Dem., pág. 64).

El mundo materno

Está hecho este mundo de sensaciones, imágenes, placer, libertad y arte. El hombre-niño es el que todavía vive bajo la tutela de la madre en confiada entrega y obediente a su voz. La realidad exterior es para él un contorno vital siempre móvil y preñado todavía de misterios.

Dotado de sentidos finos y fluída imaginación, se encuentra frente a un mundo que se le presenta como un tejido de imágenes y de sensaciones. Ningún compromiso lo ata con él ni con los otros habitantes. Juguete gozoso, y de admiración en admiración apura todo lo que puede brindarle algún placer sin dejarse atar por nada y sin piedad ni preocupación por nadie. Su riqueza vital es inagotable. Incapaz de prevenir el futuro ni de retener el momento, vive en un perpetuo presente.

Sus sentidos y sus emociones no son simplemente los ins-

trumentos para el placer³ sino además para la captación de las estructuras subyacentes del mundo. Mediante ellos penetra con igual o tal vez con mayor hondura que el hombre paterno, que se vale de la razón y el concepto. Lo que a la filosa, pero fría razón, tal vez se retrae, se brinda a él derretido ante su cálido abrazo.

“Mundo en el que no se hablaba, en el que solamente se emplean graznidos de lechuza, en que las palabras carecían de sentido... no, aquí no necesitaba palabras ni pensamientos. Sentía con claridad todo lo que era importante y hermoso: el vigor juvenil y la sana, sencilla belleza del cuerpo femenino, su enardecimiento y su apetencia”. (N. y G., pág. 110). “En lugar del saber, la vida monacal y la virtud, fueron sus señores ciertos impulsos primarios de su ser: el sexo y el amor de las mujeres, el afán de independencia y de correr mundo”. (N. y G., pág. 214). “Tú, por el camino opuesto, por el de los sentidos, llegas a captar con igual hondura que los más de los pensadores el misterio del ser y a expresarlo de un modo más vivo... pones tu interés en lo mudable y mortal y descubres el sentido de la vida en lo perecedero”. (N. y G., pág. 385).

Para esta penetración en las cosas no procede como el hombre de razón apartándose con el fin de lograr perspectivas, sino que, por el contrario, trata de unirse con ellas del modo más íntimo posible, de perderse, y deshacerse, si le es dado. No mezquina su caudal, es dadivoso, o por mejor decir, derrochador de sí mismo. Sabe que para encontrarse debe perderse y para integrarse debe deshacerse. Antepone la fugacidad del éxtasis a la penetración progresiva y paciente: en un solo momento ha aprendido y conocido más que otro en cien vidas.

³ Lejos está el hombre de vida instintiva de ser un superficial gozador o un refinado que excluye de la vida cuanto tiene de molesto o desagradable. El placer, y aún la lujuria, tienen para Goldmundo, Siddharta, Armanda, Muoth carácter sacramental. La exigencia de la Madre es cruel. No se entrega solamente en el ondular del heno ni en el frescor de la fuente; está también en la melancolía desgarrante del otoño y en el castigo del cierzo. El placer se vuelve sacerdocio y la libertad carga aplastante. Especialmente en su rodar de mujer en mujer, ni Goldmundo ni Muoth ni Klingsor se satisfacen con el mero orgasmo. La entrega de la mujer es el darse de fuerzas terribles y extrañas, impenetrables de otro modo y que son conjuradas por la propia individualidad. El éxtasis sexual lleva a la comunión mística con la Madre. “La madre era Eva, era la fuente de la felicidad y la fuente de la muerte, paría eternamente, mataba eternamente, en ella se identificaban el amor y la crueldad, y su figura se iba convirtiendo para él en metáfora y símbolo santo, a medida que era mayor el tiempo que en sí llevaba”. (NyG).

Paralela a la necesidad de vivir por fusión todos los múltiples aspectos de la realidad, es la tendencia irreprimible a la expresión, que en el caso del artista —arquetipo de hombre de instinto— es precisamente lo que asigna sentido a su perpetuo comercio con la realidad. El artista hace de sí mismo una malla con la que barre el mar de las formas y atesora los materiales para plasmar la imagen de la Madre, y esta Madre tiene un rostro “bello y horripilante”, con su sonrisa perdida. Lo vió sonreírse de los nacimientos, de las muertes, de las flores, de las crujientes hojas del otoño, sonreírse del arte, sonreírse de la pudrición”. Todo le resultaba igualmente indiferente a la primera Madre, sobre todas las cosas aparecía suspendida, como la luna, su inquietante sonrisa: tanto valor tenía para ella el melancólico y pensativo Goldmundo, como la carpa que agonizaba en el pavimento del mercado de pescados; la altiva y fría Isabel, como los huesos, dispersos en aquel bosque; de aquel Víctor que una vez quiso robarle su ducado”. (N. y G., pág. 238).

Por eso, en el coleccionar colores para esta imagen, va deshaciendo su vida el hombre materno. En su perenne trashumar tropieza una y otra vez con toda suerte de personas, a las que lo mismo que a los seres inanimados, va robando sus colores y sus formas. Y si ellas se aficionan a él y pretenden detenerlo, siempre sabe escurrirse. Más que el compañero, la víctima, el cómplice o el aliado, le interesa la experiencia misma. No es que él mismo no se apegue, pero su naturaleza no es la quietud del sosiego, el disfrute de la posesión, sino el movimiento, el anhelo, la lucha ~~por el~~ ^{inquieto}, continuamente acicateado por su Madre, no puede permanecer. “Algo imposible de expresar quedaba atrás, algo terrible y a la vez precioso, algo abismado y con todo inolvidable, una experiencia, un sabor en la lengua, un como anillo de árbol en torno al corazón”. (N. y G., pág. 185).

Eva, la Madre primigenia⁴, y Abraxas son las constelaciones que reinan sobre el mundo materno. El símbolo del mundo paterno es el Juego de Abalorios. Abraxas simboliza el aspecto ético y Eva el metafísico. Se ha hecho notar ya la estrecha relación con el “Himno a la Naturaleza”. La peregrinación de Goldmundo mucho tiene que ver, aunque con sentido y culminación distinta, con Wilhelm Meister.

⁴ Mucho nos tendría que decir un psicoanalista sobre la simbología de Hesse. Fuera de todo el cúmulo de referencias a la madre y la aversión de Sinclair y Goldmundo por el padre, piénsese en la caracterización de sus amantes como andróginos, y en los sueños. Personalmente prefiero prescindir de los aportes que esta interpretación pudiera proporcionar. De la

El Mundo Paterno

En cambio, el mundo paterno está hecho de razón, voluntad y ley. No engañan a los hombres de raíz paterna las aparentes contradicciones, el perpetuo cambio de las formas, la infinita pluralidad. Sabe con su razón que tras lo transitorio está lo permanente, tras lo múltiple lo uno. Tomando distancias, se dejan apresar las regularidades y las identidades.

El mismo caos de sus deseos y de sus temores se unifica bajo la forma que le dicta la razón. Puede entrar en el reino superior del espíritu, deleitarse en sus productos eternos, y engendrarlos a su vez.

Así pues, el hombre paterno construye el mundo y su destino. Para ambas empresas le es necesario someter los sentidos, proscibir las imágenes, embridar el instinto. Surgen así, frente a un arquetipo único de hombre materno —el artista— dos arquetipos paternos: el sabio y el asceta. Ambos buscan un saber, pero el saber del sabio es un saber gratuito, el del asceta es en cambio un saber de salvación. Narciso ejemplifica el primero y el Lobo y Siddharta) (en su primera etapa) el segundo. En ambos, sin embargo, la vida se presenta como un servicio. El espíritu tiene que ser preservado en los vasos de elección. A ellos les incumbe preparar su triunfo definitivo. La forma perfecta hacia la que marcha la divinidad es el puro espíritu, la unidad suma no comprometida por ninguna conmixción de materia ⁵. “El espíritu gusta de lo consistente y de lo estructurado, y no se confía en sus símbolos; gusta de lo que es y no de lo que deviene, de lo real y no de lo posible... El espíritu no puede vivir en la naturaleza, sino sólo contra ella, como su contrario”. (N. y G., pág. 90).

“Yo no quiero acrecentar la riqueza del convento, ni reformar la orden o la Iglesia. Lo único que quiero es servir, dentro de mis posibilidades, al espíritu, tal como yo lo entiendo”. (N. y G., pág. 90).

Espíritu ideal y espíritu en devenir

En el Juego de Abalorios, la oposición y lucha entre los dos mundos se presenta mucho más descarnada, pero más trágica y grandiosa. Se levanta el telón en la época posterior a la terri-

creación artística me interesa lo consciente. Por otra parte, sospecho que el mismo Hesse se ha complacido en jugar un poco con la mecánica y la simología del inconsciente, actitud que veo preferentemente en Demian.

⁵ Otra oscilación muy característica de Hermann Hesse puede obser-

ble catástrofe en que la cultura y el espíritu, rebajados y desviados desde antiguo, estuvieron a punto de sucumbir ante los males que ellos mismos habían creado. La humanidad, purificada por la terrible destrucción, reaccionó y fué a buscar el remedio en lo que, corrompido, había sido la causa del desastre. La corrupción del espíritu terminó por engendar el anti-biótico contra esta misma corrupción. Los pocos que habían permanecido fieles al espíritu, apoyados por las desesperadas ansias de paz y de salvación del resto, inician un análisis y depuración, del cual nace la Orden de los Castalios.

Toda la experiencia de la humanidad en el cultivo del espíritu, todos los errores y todos los descubrimientos imperecederos, son utilizados como fructífera experiencia. El aprovechamiento del cuerpo para la lucidez del alma, secreto de los antiquismos yoghis, la búsqueda de la armonía de las hermandades pitagóricas, la aspiración catártica del orfismo, la organización jerárquica del Imperium, la renuncia a los halagos sensibles y la "ataraxia" estoica, la "charitas" cristiana, las especulaciones metafísicas de los siglos XVII y XVIII, la sabia ironía china y cuanto de elevado y puro legara el pasado, todo se integra en un estilo vital y en una técnica para asegurar su incorruptibilidad.

Castalia, rincón del mundo, irradia su luz y es la esencia que preserva y perfuma la nueva ordenación de las cosas. La cifra de su espiritualidad es: voluntad de verdad, armonía interior, orden jerárquico, y servicio.

El espíritu es concebido por el Castalio con un pitagorismo estético radical. No tolera la más insignificante contaminación de lo sensible. La reina de la ciencia no es ya la filosofía, que en última instancia tiene que ocuparse con el ser real, sino las matemáticas, que trabajan con entidades endógenas, substraídas a la intuición sensible y al devenir de la temporalidad. La reina de las artes no es la literatura, que en la época de la decadencia llegó a reducirse casi a una psicología aplicada sino la música, y dentro de ella se considera la culminación la de los siglos XVII y XVIII, la que con menos elementos melódicos y armónicos construye una estructura estrictamente racional. Con valor formativo se conservan las disciplinas venerables, como la Filología Clásica.

vase en la valoración de sentidos, instinto y "materia". Si se ha de juzgar por la culminación conocida hasta ahora de sus ideas —el Juego de Abalorios— parecería haberse decidido por un pitagorismo radical. No por ello, como problema existencial, cesa de sentirse la tensión, según se verá.

En arte el Castalio se reconoce producto de una época no creativa y renuncia por completo a todo intento. En las ciencias considera cerrado el orbe del conocimiento, y se preocupa por una reducción a la unidad de todos los aportes de las ciencias parciales.

Esta unificación dentro de la ciencia y su integración con el arte y el cultivo de la propia alma, lo logra con un producto que es el que lo define como una cultura esencialmente distinta de cuantas la precedieron: el Juego de Abalorios⁶. Comienza por ser entretenimiento de estudiantes de música y matemáticas superiores y termina convirtiéndose en un lenguaje universal de las ciencias y todavía más allá en un órgano de captación del mundo, en cuanto red de relaciones formales. Hasta hay entre los castalios quienes encuentran en él un camino para la unión mística con el Todo. Pero sin llegar a tanto, es simultáneamente el placer por excelencia de esas purísimas existencias y lo que realiza cada día la Comunión de los Santos. Se vive para el juego, todo el trabajo en minúsculos problemas y todo el sondeo de las más profundas cuestiones, le aporta el material. La disciplina de cada día es imprescindible para ser embelesado por él. La flor de las inteligencias y de los espíritus Castalios es consagrada a él en un permanente sacerdocio.

Pero lo esencial de este modo de vivir, que se manifiesta en estos productos, es una estricta espiritualidad. El conocimiento está separado por completo de toda utilidad pragmática aún de la más justa. Un Castalio, si lo desea así, puede dedicar todos los años de su vida a traducir jeroglíficos egipcios a Sánscrito, a rastrear semivocales Indoeuropeas o a descifrar oráculos con tallos de milenrama y caligrafiar en Chino.

En consecuencia el Castalio tiene horror a la Historia. Para él es solamente un mural de la miseria y degeneración de los hombres, la arena de las más bajas ambiciones, y una humillación que se cerró cuando el espíritu se impuso definitivamente.

⁶ No es original de Hesse la idea de un lenguaje universal de la ciencia. Fué aspiración, entre otros de Leibnitz con su "Mathesis Universalis", y en él trabaja en nuestros días con gran ardor el Empirismo Lógico, nacido del Círculo de Viena. Véase "Le développement du Cercle de Vienne" de Otto Neurath. Esta problemática científica se vuelve poética por la fusión de su contenido estrictamente lógico con una aspiración mística. Es casi desesperante ver acumular a lo largo de la obra continuas precisiones sobre la naturaleza del juego, sin sacarlo nunca de una penumbra imaginativa que lo convierte en apasionante imagen artística. El Juego es una especie de Moby Dick, que absorbe durante todo el transcurso de la acción, pero nunca se llega a divisar.

vamente. Castalia es el punto de partida de un modo de vivir que asegura definitivamente la inmunidad contra esta bestial "Struggle for life". "La mayoría de los habitantes de Castalia vivía en una ingenuidad y falta de sentido político que fué a menudo propia, en épocas anteriores, de la clase intelectual; no se poseían derechos y deberes políticos, casi no se veían los diarios; y si tal era la conducta y la costumbre del promedio de los Castalios, el miedo a lo actual, a la política, al periodismo, eran aún mayores entre los jugadores de abalorios, que se consideraban complacidos como la verdadera flor y nata de la "provincia" y se cuidaban muy mucho de no dejar enturbiar y ensombrecer la sutil atmósfera sublimada de su existencia de sabios y artistas". (Jueg. de Abal., pág. 197). "En primer lugar, el contenido (o aun los contenidos) de la historia —me refiero naturalmente a la historia del espíritu y de la cultura, que tantos cuidamos— nos parece un poco inferior en valía; la historia universal consiste, según la idea que tenemos de ella, en brutales luchas por el poder, por bienes, tierras, materias primas, dinero, en fin, por lo material y cuantitativo, por cosas que consideramos no espirituales y más bien despreciables. (Jueg. de Abal., pág. 360). *"Los hechos del espíritu, de la cultura, del arte en cambio son exactamente todo lo contrario, un estallido, una evasión de la esclavitud del tiempo, un deslizarse del hombre fuera de la inmundicia de sus instintos y de su inercia, hacia otros planos, en lo eterno, en lo carente de tiempo, en lo divino, total y absolutamente nada histórico, y aun antihistórico"*. (Jueg. de Abal., pág. 286).

El callejón

Siddharta, Goldmundo, Narciso, Knecht, Harry han sido fieles a su destino. Guiados por él se han establecido en el sector del mundo que les era congruente y han ordenado su vida en función de él. Todos son hombres de selección; cada uno en su clave se entrega sin regateos y extrema hasta el heroísmo el cumplimiento de sus exigencias. Y todos se descubren en bancarrota vital.

Goldmundo, despierto gracias a Narciso, es introducido por la gitana Elisa en el mundo maternal. Descubre con ella el éxtasis del placer y se entrega a él como sentido de la vida "el amor y el goce carnal eran lo único que podía dar calor y valor a la vida. Desconocía la ambición... el lucro y la posesión de bienes no le atraía, los despreciaba, no hubiese hecho por ellos el menor sacrificio. El amor de la mujer y el juego de los sexos estaba para él por encima de todo". Rueda así de experiencia amorosa en nueva experiencia; vírgenes, esposas, labradoras, bur-

guesas, se entregan todas a él subyugadas por la fuerza con que la Naturaleza en él se muestra.

Pronto empieza a descubrir que fundido en el placer hay un elemento de disolución, inseparable de él, pero que conspira contra su plenitud. El goce carnal es un maravilloso fogonazo, tan intenso que se desvanece en el mismo momento de encendido y deja en el alma un vacío que invade la angustia. Goldmundo en un primer momento no se resiste a entregarse a este sabor agridulce del placer. Curioso, dócil, quiere apurar en su totalidad el cáliz que le brinda su madre. *"El rápido, fugaz, maravilloso encendido del deleite amoroso, su fuego breve y abrasador, su rápido apagarse... todo le parecía contener la raíz de toda experiencia, todo esto se convirtió para él en símbolo de toda la alegría y todo el dolor de la vida. Podía entregarse a aquella tristeza y a aquel espanto de la transitoriedad con el mismo fervor que al amor y esa melancolía era también amor, era también carnalidad"*. Así como el goce erótico, en el instante de su máxima y más dichosa tensión, sabe que después se desvanecerá y morirá de nuevo, así también la íntima soledad y la melancolía sabían que serían tragadas súbitamente por el deseo, por esta nueva entrega a la faceta luminosa de la vida. *La muerte y la carnalidad eran la misma cosa.*

Pero esta aceptación de la fugacidad no dura mucho; Goldmundo comienza a envejecer y repasa su vida sin encontrar en ella más que tránsito, huída, vacío. Se siente marchar a la muerte y al aniquilamiento y retrocede horrorizado. La gran peste lo sorprende y le hace intervenir en la danza de la Muerte. La terrible cosecha de la vieja segadora le hace recapacitar y surge en él la rebeldía. No quiere pasar, no quiere ceder.

Se presenta entonces el arte como triunfo sobre la muerte. Lo que de su alma saca y pasa a cobrar vida, no perecerá; seguirá viviendo cuando él ya haya desaparecido. Y se entrega insanamente a la labor creadora. Lucha a brazo partido con la muerte. Y vive la exaltación del triunfo. Pero ha terminado su obra, no le pertenece ya, está fuera de él, cubierta en el taller y esperando ser conducida a la hornacina. Siente entonces más terriblemente aún que antes el desolador vacío.

Siddharta descubrió la falsía de considerar como enemigo de su realización el velo de Maya, cesa en su intento de destruirse y comienza a aspirar ávidamente por todos sus sentidos la infinita riqueza del mundo. Junto a Kamala aprende a extraer del placer el máximo de exaltación. De pronto, un día vuelve a descubrir que su vida se ha vuelto sucia y que se ha dejado

esclavizar nuevamente y apartar de su yo. "Acongojado, se encaminó hacia uno de sus jardines. Cerró la puerta con llave y sentóse bajo un mango. Allí, muerte y espanto en su alma, sintió cómo todo sucumbía en él, se marchitaba, se abismaba en la nada. Reuniendo poco a poco sus ideas, rehizo con el pensamiento su vida tan lejos cómo pudo. ¿Había vivido momentos felices, había estado alegre alguna vez? Sí, muchas veces fué la suya una alegría verdadera. En su infancia primero, al merecer el elogio de los brahmanes. . . Más tarde en su juventud, cuando su pensamiento, de objetivos más fugaces y elevados lo destacara entre otros concurrentes, cuando torturaba el espíritu a fin de penetrar en el verdadero sentido de Brahama. . . era constantemente una misma voz secreta la que en medio de sus luchas afiebradas y dolorosas, le gritaba: "Avanza, avanza siempre. ¡Eres llamado!" Oyó esta voz al abandonar su hogar para unirse a los Samanas, al separarse de ellos para dirigirse hacia el ser perfecto, y volvió a oírla al alejarse de Él para lanzarse a lo desconocido. ¡Cuánto tiempo pasó sin escucharla, cuánto tiempo hacía que marchaba por un sendero plano y desierto que no lo conducía a ninguna cúspide! Se esforzó sin percatarse él mismo, por cumplir su deseo de ser un hombre como los otros hombres, niños grandes, pero únicamente logró una existencia más miserable e inútil que la de ellos, pues tanto sus preocupaciones como sus objetivos eran diferentes. . . Y Siddharta sabía que el juego había terminado, que no volvería a comenzar. Un escalofrío hizo retemblar hasta la última molécula de su cuerpo. Algo acababa de morir en él". (Sidd., pág. 94).

Knecht ha logrado encarnar el ideal del Castalio. Su infatigable fidelidad al espíritu y las normas de su orden le han permitido sortear, a lo largo de los años de su noviciado, los desganos, la seducción del mundo al que derrota en la persona de su portaestandarte Designori. Sus años de estudios libres, empleados con heroico ideal, le hacen reconstruir en un trienio, todo el trabajo de cinco generaciones y terminan por disipar sus dudas sobre el Juego de Abalorios. Conquista para Castalia la media palabra del Pater Jakobus; gracias a que el sabio monje ve en concreto la floración espiritual castalia encarnada en él y depones sus recelos. La Orden misma se contempla en él y lo hace Magister Ludi.

Empero lleva en su alma la semilla de la disolución que ha entrado en ella durante su estadía en Mariafels. Allí "fué obligado a considerar, comprender y robustecer nuevamente sus propios fundamentos espirituales e históricos. . . , chocó, como no podía ser de otra manera, con el punto más débil de su pro-

pia cultura y la de todos los castalios; se le reveló que las condiciones de la historia del mundo que hicieron posible e impulsaron un día la fundación de la Orden y de todo lo que se siguió de ello, podían representarse para él mismo, solamente en un cuadro esquemático y pálido, que carecía de evidencia y orden... Jakobus le ayudó a ver y revivir correctamente en muchos aspectos la historia, y a hallar sus raíces en la general del mundo y de las naciones". (Jueg. de Abal., pág. 197).

Lograda esta nueva perspectiva, sólo se trata de desarrollar las consecuencias implícitas. Implícitas para Knecht, que no teme la verdad y está dispuesto a servirla sacrificándole todo lo que sea necesario, pero no para el resto de los Castalios y aún para los mismos magistri de la orden. Implícitas, además, porque Knecht es un servidor del destino y los servidores del destino no están atados por nada y no pueden aceptar el camino trazado, sino que deben abrirlo. Aunque el mismo Ser Perfecto, el Buda que ha alcanzado el Nirvana muestre un camino a Siddharta, Siddharta no entrará por él, porque el destino está por sobre el mismo Buda. Y cuando Knecht "vió y sintió el esplendor de Castalia a la que servía; como una grandeza amenazada y desvaneciente, supo su origen y su historia, lo percibió como esencia histórica, sometida al tiempo y lamida y sacudida por las olas de su poder despiadado"; cuando se le produjo "este despertar a la sensación viva del devenir histórico y esa percepción de la propia persona y de la propia actividad como célula coimpulsora y colaboradora en la corriente del devenir y transformarse". (Jueg. de Abal., pág. 273), comprendió que su lugar no estaba ya allí.

Harry, a cambio de su libertad y de su independencia, de su total entrega al servicio del espíritu, ha sacrificado todo, y cuando lo ha logrado, "sucumbió el Lobo Estepario en su independencia... Pues todo hombre fuerte alcanza indefectiblemente aquello que va buscando con verdadero ahinco. Pero en medio de la libertad lograda se dió cuenta de que esa independencia era una muerte, que estaba solo, que el mundo lo abandonaba de un modo siniestro, que los hombres no le importaban nada; es más, que él mismo a sí tampoco, que lentamente iba ahogándose en una atmósfera cada vez más tenue de falta de trato y de aislamiento. Porque ya resultaba que la soledad y la independencia no eran su afán y su objetivo, eran su destino y su condenación, que su mágico deseo se había cumplido y ya no era posible retirarlo, que ya no servía de nada extender los brazos abiertos lleno de nostalgia y con el corazón henchido de

buena voluntad, brindando solidaridad y unión; ahora lo dejaban solo". (Lob. Estep., pág. 57).

Trágicamente o no, el destino fielmente seguido lleva a todos estas existencias a un callejón donde se encuentran encerrados y perdidos. Es ciertamente un despertar, pero el último, el definitivo. En los otros ha entrado en crisis algo parcial y sobreañadido, hábitos, concepciones, relaciones. Aquí aterriza algo mucho más medular: el sentido mismo de la vida. La situación a la que llegan es comparable a la del naufrago que ha puesto en juego todos sus recursos y cuando cree que llega a la costa descubre que ha sido burlado por un espejismo. Mas, pese a todo, recién después de haber sido sofocados así, están maduros para el fruto.

Por la muerte a la Vida

"...le désespoir est le résultat de toute tentative sérieuse pour comprendre et justifier la vie humaine. Le désespoir est le résultat de tout effort sérieux pour mettre sa vie en harmonie avec la vertu, avec la justice, avec la raison, tout en répondant à ses exigences. Les enfants vivent en deçà de ce désespoir, les adultes au delà": (Le Voyage en Orient, pág. 144).

Con estas palabras el Jefe Supremo de la Orden de los Peregrinos de Oriente explica a H. H., antiguo miembro, apóstata y suplicante arrepentido, la raíz de su actual infelicidad. Esta es la triste recompensa que obtienen también todas sus criaturas después de haberse mostrado intrépidamente fieles a su destino. La penúltima etapa de su camino termina en la más terrible de las decepciones. Vanos han sido los sueños, vanos los caminos, vanas las mortificaciones, vanos la fidelidad y el trabajo. La propia vida y el mismo mundo, la historia y la idea son una total sinrazón. ¿Qué queda sino poner término a esta vida, hacer cesar para siempre la despiadada burla? Este es el pensamiento en que se encuentra Harry cuando recibe su tractat, esto ve Goldmundo después de su penoso peregrinar, esto encuentra Siddharta después de haber probado todas las rutas y esto es lo que Knecht, bajo la figura de Dasa, confía angustiado al nemesioso Yoghi. "No puedo soportar más esta horrenda vida, quisiera liberarme de ella. El yoghi escuchó el estallido con los ojos cerrados. Los abrió y posó su mirada en la cara de Dasa, una mirada clara y recogida, luminosa y penetrante, casi insoportablemente firme. Y mientras observaba la cara de Dasa y pensaba en su angustiada narración, su boca se contrajo lentamente en una sonrisa larga; el anciano meneó la cabeza son-

riéndose también y riéndose dijo: "¡Maya! ¡Maya!" (Jueg. de Abal., pág. 544).

No es nueva esta risa: la ha escuchado Siddharta de Vasudeva y del sabio río (Sidd., pág. 138), se le ha opuesto a Harry como terapéutica contra la enfermedad del suicidio en el Tractat (Lob. Estep. pág. 64), y la ha escuchado retumbar de la boca de Goethe y brotar juguetona de la de Mozart; el Supremo Consejo de los Peregrinos, a invitación del Jefe, estalló también en ella como castigo de la apostasía. (Voy. en Or., pág. 136).

¡Peregrina solución para todos estos sinceros desesperados! Si pudieran reírse no estarían al borde de la autodestrucción. Sin embargo, la comprensión del por qué de esta risa y de la imposibilidad de soltarla en otro momento que no sea éste, significa el triunfo definitivo de sus vidas. Para poder sonreír del modo que se les aconseja es necesario haber experimentado, gozado y sufrido todo lo que han hecho. *Porque esta risa es la risa de la existencia humana que cae en la cuenta de su íntimo ser.* Se ríe porque ha descubierto y aceptado que esa "vida" tan preciosa, tan substancial, que defiende con tanto apego y que trata de abstraer a la muerte por todos los medios, no es más que una ilusión. Ilusión es la vida e ilusión es el corte de tiempo en que transcurre. Ilusión, Maya, son los placeres y los goces, los sufrimientos, las esperanzas, los temores, las acciones y las omisiones. Como el río fluye siempre con el mismo caudal y su aspecto nunca es el mismo, así el Tiempo, verdadero ser de la realidad, se desliza perennemente. Quien se encuentra sumergido en él, se deja engañar por su apariencia continuamente cambiante; quien puede alcanzar alguna de las orillas y contemplarlo de allí, descubre el engaño de la vida y el mucho más trágico de la muerte. Morir no es morir. Morir es simplemente el cambiar de una forma. Nada se ha destruído, la ola que se había hinchado como cúspide pasa a enrollarse como serpiente. Pero siempre es el mismo río.

Tampoco la metáfora sirve. No debemos tratar de imaginar lo que pueda sentir una ola respecto de otra o respecto de sí misma, sino lo que el río mismo puede sentir respecto de cada una de ellas. ¡Cuán necio sería si se preocupase de sus variaciones, si se afanase por ser tal ola olvidándose de que es río!

Y esta es la tragedia de la vida humana, olvidarse de que ella misma es el Todo ~~y de que el Todo es ella misma~~. Todo eterno, incapaz de crecer o disminuir, de cesar o de comenzar a ser otra cosa. Idéntico consigo mismo y sempiternamente mó-

vil. Con justicia puede sonreír quien por gracia o por obra de sus merecimientos puede recobrar la conciencia de su origen; esa sonrisa lo purga para siempre de la angustia y le hace vencer por siempre la muerte.

Pocos autores, especialmente novelistas, se encontrarán con un trasfondo ideológico tan Profundo y tan abigarrado como Hesse. Abrigamos que en el curso de este repasar de sus hojas se habrá logrado suscitar esta conciencia, si es que por ventura para alguien hubiera sido necesario. Todavía insistiremos en uno que otro aspecto parcial. Pero creemos que éste es el punto de cruces de todas sus ideas. Creemos que desde él se puede dar un sentido a cada una de sus páginas, y que a esto nos invita como solución. Sin duda que no en todo momento ha tenido ante la vista como una estricta premisa esta idea, pero o mucho nos engañamos o ha sido el motor profundo de toda su creación.

El despertar y la soledad son requisitos para emprender un modo de vivir auténtico en el que el horror de la existencia y el ser para la muerte no se nos pasen ocultos por obra de la huida que significa la existencia banal. La escisión del mundo en zonas arbitrariamente incomunicables le es necesaria para presentar paradigmáticamente los dos modos en que se llega a descubrir la angustia y la falta de sentido de la vida individual frente a la puerta para el verdadero ser, que es la muerte individual.

El hombre materno se asoma a la eternidad por el placer sexual, tensión máxima de los sentidos. Pasado este momento y reintegrado al tiempo se encuentra con el vacío y la angustia. Es que lo entrevisto no es suficientemente claro, y de su fugacísima incursión se lo trae tan bruscamente que no puede apresar en su recuerdo lo que acaba de ver. Quiere refugiarse en el arte, pero la permanencia que mediante él obtiene no es suya sino de su obra; concluída ésta, queda nuevamente inerte ante la muerte.

El hombre paterno busca aniquilar su yo, comenzando por los sentidos y siguiendo por las imágenes y los conceptos, pero precisamente su preocupación por el yo, aún como objeto a destruir, es lo que le tapa la vista: "quería saber el sentido y la esencia del yo. El Yo del cual deseaba deshacerme, al que deseaba aniquilar. Mas no fui capaz de ello, únicamente me fué posible engañarlo, huirle, disimularme a él. ¡Ah!, en verdad, nada ha ocupado mis pensamientos al igual que mi yo, nada se enseñoreó jamás de mí al par del enigma de mi existencia,

de que vivo, de que soy uno, separado de los otros, aislado, en una palabra, de que soy Siddharta..." (Sidd., pág. 48).

Si en cambio prefiere tomar un camino menos reflejo y se dedica al "espíritu" en vez de su persona, buscando un sosiego y una pureza que le permita acceder por su razón a la perennidad del espíritu puro, se encuentra frío y helado y termina por valorar como superior al que fabrica el espíritu en medio del fango y del error, pero con participación de su persona. Esta fué la enseñanza que sacó Narciso de la vida de Goldmundo y la que el Castalio obtuvo del Benedictino: . . . "desde el punto de vista del convento, de la razón y de la moral, su propia vida era mejor, era más recta, sólida, ordenada y ejemplar, era una vida de orden y de servicio severo, un perenne sacrificio, un constante esfuerzo hacia la claridad y la justicia, era mucho más pura y mejor que la vida de un artista vagabundo y seductor de mujeres. Pero contempladas las cosas desde lo alto, desde el punto de vista de Dios... el orden y la disciplina de una vida ejemplar, la renuncia al mundo y a la sensualidad... ¿eran, en verdad, de más valor que la vida de Goldmundo? . . . Y tal vez no fuera tan sólo más inocente y más humano, sino a la postre más valiente y más grande abandonarse a la violenta confusión y al torbellino, cometer pecados y cargar con sus amargas consecuencias, en vez de llevar una vida pura, apartado del mundo, con las manos limpias y construirse un hermoso jardín intelectual lleno de armonía y pasearse sin pecado entre sus resguardados macizos. En todo caso, Goldmundo le había mostrado que un hombre llamado a un alto destino podía sumergirse hondamente en la confusión sangrienta y ebria de la vida y emporcarse de polvo y de sangre sin trocarse por eso en un ser menguado y vil. sin matar en sí lo divino, que podía vagar entre espesas tinieblas sin que en el santuario de su alma se apagase la luz divina y la fuerza creadora... ¡Qué pobre al lado de esto. con todo su saber, su disciplina monástica, su dialéctica". (N. y G., pág. 393 a 396).

"Le voyage en Orient", obra epicena de novela y poema, misteriosa alegoría, es la que da la clave de esta concepción de la irrealidad del tiempo existencial. Ese disparatado viaje a través del espacio y del tiempo, esa legislación absurda que asigna primordial importancia a acciones en apariencia triviales y se la quita a las trasgresiones más graves; esa presteza a la destrucción y ese continuo empujar a la irrealidad más absoluta forma, con el teatro mágico al que Pablo lleva a Harry, la más poética de las parábolas con que Hesse aclara sus ideas. Los tormentos de Harry tienen su origen en el mito de su personali-

dad que él juzga esquizofrénica y se aterra por encontrar así dividida y en la incapacidad de Harry para "la risa de los Inmortales" Solamente cuando ha sido triturado por su entrega al placer y especialmente a la orgía colectiva, cuando ha podido vivir por fusión esa emoción y exaltación de la fiesta, que en sus palabras, vive a diario cualquier cocinera o recluta, se vuelve lo suficientemente loco como para merecer que se le enseñe que su error no es considerarse domicilio de dos poderes distintos, sino ignorar que lo es de cientos de poderes o de mal llamadas personas. Cuando en uno de los espejos ve salir de su pecho infinitos gnomos con apariencia de Harry puede entender que su suplicio consiste en querer cubrir el cielo de la Vida Eterna con el harnero de uno miserable existencia personal. Su suicidio frustrado, como el de cualquiera de otros personajes, es cobarde y absurdo porque se dirige no contra su verdadero ser, sino contra su apariencia y porque lo motiva el deseo de salvarse del miedo a la muerte, espantajo que se deshace no a balazos sino con carcajadas. Los Peregrinos de Oriente son sabios y pueden vivir la vida de la fantasía porque han descubierto la irrealdad de eso que llamamos tiempo y que sólo se nos presentan como tal en la medida que introducimos un corte arbitrario en él aferrándonos a la máscara de la existencia.

A esto ha llegado Siddharta: "Oh Govinda, *el tiempo no es una realidad, muchas y muchas veces lo he sentido, y si el tiempo no existe, el instante que parece mediar entre el mundo y la eternidad, entre el sufrimiento y la felicidad, entre el bien y el mal, no es más que una ilusión...* El mundo no es una cosa imperfecta o en vías de lento perfeccionamiento, no, es perfecto en cualquier momento... Y por ello digo que lo que es, está bien: y todo me es igual: la muerte o la vida, el pecado o la santidad, la prudencia o la locura. Todo debe ser así, únicamente me cabe aceptarlo, quererlo, comprenderlo con amor... sólo después de haber vivido en la más vergonzosa de las desesperaciones pude frenar mis afanes y mis pasiones: tremendo dolor costóme amar el mundo verdadero, no confundirlo con aquel mundo imaginario deseado por mí, ni con el género de perfección que mi espíritu se representaba. Aprendí a tomarlo tal cual es, a amarlo y a ser parte de él" (Siddh., pág. 163).

No, Goldmundo, el mundo no es como te pareció en cierto momento una obra maldita, "ni Dios es un perverso" que se complace en la infelicidad de los hombres, tú, que primero te resististe a morir y terminaste por encontrar que "la muerte no te parecía mala" al descubrir que ella era tu Madre, sabrás ahora

que era un mal nombre el que le dabas. Tu madre no es la muerte, tu madre es la Vida verdadera; lo que tú tomabas por muerte y temías, no es más que uno de los escorzos de la arcilla que modelabas y apretabas nuevamente para hacer con ella una forma mejor. Tu madre "ha hundido los dedos en tu pecho" para modelarte nuevamente, no para arrancarte el corazón; te lo oprime sí, pero es para hacer con él... ¿quién sabe qué? tal vez alguno de los guijarros que viste brillar en el fondo del arroyo, tal vez una cabrita como aquella de la que te compadeciste y no pudiste matar aunque estabas hambriento, tal vez para formar con él alguna mujer tan hermosa como Julia o tan bondadosa como María.

Haces bien, Josephus Servus, Magister Ludi, en huir de Castalia. El espíritu no puede encerrarse en combinaciones de abalorios ni en archivos protegidos contra todo conocimiento superficial. El espíritu es como las fugas que improvisabas con el Magister Musicae, una melodía eterna que reaparece una y otra vez, pero nunca se detiene. No se conserva en anaqueles ni se protege con desinfectantes. Puedes dejar de vivir tranquilo. Tito te ha visto desde la otra orilla. Tu imagen queda en él. Tu servicio ha culminado, puedes entrar, siervo fiel, en el gozo de tu señor... ⁷

RAMON ALCALDE

(Continuará)

⁷ Me he valido en este último párrafo de la terminología de Heidegger, por parecerme que se ajusta perfectamente a la concepción de Hesse. No pretendo con ello ver influencias directas o indirectas. Una afirmación de tal tipo tendría que ir documentada históricamente y no es éste por el momento mi interés. Nadie dejará empero de reconocer la estrecha concordancia entre el Tractat y la Analítica Existencia y entre temas como angustia, muerte y temporalidad con los equivalentes de Hesse. Me despreocupa por completo si ha habido efectivo contacto entre el pensador y el artista. Creo por otra parte que hay en toda época histórica premisas vivenciales que engendran en lugares y personas muy alejadas conclusiones muy equivalentes, sin que se produzca ningún proceso de asimilación. Conjugando fechas sería posible la influencia de Heidegger a partir de "El Lobo Estepario". Dejo el problema para quien disponga de tiempo e interés en él.